

Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes
Publicada por la Universidad de Concepción (Chile)

Año XXVIII

Mayo de 1951

Núm. 311

Puntos de vista

La vida de un pueblo

COMO por antítesis viénense a nuestra mente dos hechos que nos han dejado meditando largamente acerca del destino de nuestro país en su aspecto esencial, como es el de mantener el vigor y la salud espiritual de nuestra raza,

Conversábamos hace pocos días con uno de nuestros Embajadores ante un país americano y él nos decía que su larga estada fuera del país, le hacía mirar a Chile con optimismo, con fe en su desarrollo institucional y en cuanto tiende a cimentar su prestigio, en el concepto de las naciones civilizadas. La charla se deslizaba amable y propicia a lisonjeras perspectivas, y de este modo nuestro interlocutor fué desallando con verdadera alegría patriótica, todo aquello que mirado desde lejos, adquiriría un fuerte y magnífico relieve dentro de las instituciones básicas de la República.

«Se siente orgullo y honda satisfacción—nos explicó—cuando se habla de este país con respeto y admiración hacia sus organismos estatales que han servido de modelo, cuando se han creado en otros países de nuestra América. La Administración Pública vaciada en los recios moldes que le imprimiera la hábil e inflexible voluntad de Portales, ha podido resistir todas las conmociones políticas que han agitado a la República. El Ejército, la Marina, la Educación Pública, el Cuerpo de Carabineros, y ahora último la Previsión Social, la Corporación de Fomento de la Pro-

ducción, entre otras instituciones, son el producto de esa disciplina que nos legó como un tesoro inavaluable la era portaliana, cuando echó las bases fundamentales de nuestra nacionalidad. Y todo esto se ha proyectado con estupendo carácter hacia el exterior. Esto revela la madurez de un pueblo, la conciencia de que está en vías de alcanzar un destino superior.

«El clima de Chile—siguió nuestro amigo—acaso ha producido este equilibrio, esta medida, esta templada sazón. Las flores, las frutas, el vino, el carácter mismo de la gente, no va de extremo a extremo. Y si no que lo diga el sabor de esta pera, de esta manzana, de estas uvas deliciosas, del aire mismo de esta noche de mayo, en que estamos sin más techo que el cielo abierto e infinito».

El tema, enfocado desde este punto de vista, era grato y no teníamos deseos de echar a perder aquella euforia, aquellas palabras resonantes que vertían, como los vapores de un vino alegre, el eco jocundo de la buena ventura.

Pero... Aquí viene el segundo de los hechos a que nos hemos referido en estas líneas, y son los conceptos vertidos en el Mensaje leído al país por S. E. el Presidente de la República durante la apertura de sesiones del Congreso Nacional.

En este documento palpita con fuerte conmoción la incertidumbre que le provoca al Jefe del Estado la situación del país en su aspecto material y espiritual. Graves y arduos problemas ponen en trance a los hombres encargados de la responsabilidad del gobierno, que se ven entorpecidos en su gestión administrativa, en parte por la incomprensión de los partidos y en otra de alarmante alcance, por el derrumbe de la moral ambiente, que como fermentos en permanente delicuescencia van disgregando todo aquello que constituye la salud de un pueblo.

Y la salud de un pueblo no es sino la estricta observancia de sus leyes, que en el libre juego de las instituciones republicanas deben observarse como normas de ética social. Tal fué la austera característica de los tiempos en que los chilenos sentían la orgu-

llosa satisfacción de cumplir sus obligaciones ciudadanas, pues con ello defendían al propio tiempo un derecho que beneficiaba por iguales partes a la colectividad.

En estos crueles tiempos de solapada barbarie que vive el mundo, ha venido a rebotar como una oscura y siniestra marea, la terrible convulsión que agita a la humanidad. Es más que eso; es un caos en el cual nadie sabe ni puede prever adonde se llegará. Este desquiciamiento, este desborde del egoísmo, esta apetencia desorbitada por alcanzarlo todo a costa del duelo o el exterminio de los demás, lleva derecho a esta milenaria civilización a la más espantable de sus catástrofes. Los acontecimientos siguen adelante, impulsados por un vértigo de locura y se ponen en juego todos los recursos, a fin de causar el mayor daño posible, en donde quiera que viva un hombre que necesite ganar el pan con el sudor de su frente. Cuando Churchill dijo, con acento bíblico, que para ganar la guerra y alcanzar una era de felicidad para la humanidad, era necesario «sangre, sudor y lágrimas», no pensó en que el hombre, a veces, ni siquiera tiene el instinto de las bestias que viven en la entraña de los montes. Porque lo ciega el egoísmo, que como una maldición ancestral, lo induce a los peores excesos.

Entonces se desata sobre el mundo la nefasta era de «la crisis». Los campos no dan trigo, los árboles no dan maderas ni frutas, las tierras no pueden apacentar ganados, y la entraña de las montañas no produce minerales. Tampoco los hombres consumen productos. Y toda esta nefasta máquina infernal sumerge al mundo en las peores y más crueles torturas. No se producen el café, el azúcar, la leche, el aceite, la harina. La felicidad de que habló Churchill en esta hipócrita paz, de feroces asechanzas, está constituída por colas de mendicantes, que apretando en la mano el escaso dinero ganado con sudor y lágrimas, porque la sangre hay que guardarla para la próxima guerra, esperan que les vendan, como un favor, un poco de lo que necesitan los «hermanos hombres» para poder subsistir.

Esta marea de odiosas repercusiones que nos llega desde el

otro lado de los mares, ha venido a desencadenar en nuestro país una oleada de desenfreno que rompió los diques de la moral y de la buena convivencia, en que hasta, aun después de la primera guerra, había logrado vivir el pueblo de Chile. El agio, la especulación, la inflación y otras zancadillas parecidas, vinieron a hacer trastabillar la vida económica entre nosotros. Y como siempre pasa que a río revuelto ganancia de pescadores, ocurrió que mientras la mayoría, o por mejor decir la casi totalidad de los habitantes de esta angosta faja de tierra cantada por Ercilla, en donde vivía «una gente tan granada que nunca viviera a extranjero sometida», ha sido la víctima propicia de los especuladores. Ellos han provocado una loca carrera de precios, de sueldos y de angustias, en que en muchas ocasiones el suicidio es el único agujero por donde escaparse de este disparadero que provoca la «crisis», la más diabólica y cruel de las mentiras internacionales.

Es doloroso que nuestro país, este país que según nuestro amigo mencionado se proyecta en el exterior con tan vivo relieve, esté amenazado por tantos y tan graves peligros, como puede ahora colegirse por el mensaje de S. E. el Presidente de la República. El primer ciudadano de Chile pide colaboración, pide comprensiva emulación en la lucha por derrotar a todos estos adversos y artificiosos males que aquejan al país. Y es de desear que esas palabras encuentren eco sincero y entusiasta en el corazón de todos los chilenos y, especialmente, en el de los representantes del pueblo ante el Congreso.

Lo que dice el Presidente equivale a hacer resaltar ante el país, que el pueblo de Chile tiene hambre y tiene frío. Ya no puede nutrirse como en los viejos tiempos. Los trabajadores de Meiggs, que hicieron el ferrocarril de Santiago a Valparaíso, comían porotos, carne, huevos, harina tostada, pan de harina de trigo y frutas hasta hartarse. Esos mismos rotos, fueron los que ganaron las batallas del Alto de la Alianza, los que subieron corriendo y rugiendo como leones furiosos por las escarpas del Morro de Arica, los que murieron aclamando el viejo y glorioso trapo

invicto, mientras una vieja corbeta se hundía en el mar de Iquique. Esos mismos rotos fueron después los que barrenaban un tiro en los rajos de la pampa y le dieron ríos de dinero a las arcas fiscales. Los que en Chañarcillo encontraron el reventón de plata pura.

Esos rotos son un símbolo de la pujanza de este país. Manejando el combo y la piqueta, mientras el torso se les inundaba de sudor, le dieron riqueza a Ghile. En ellos se apoyó el letrado, y el caballero rico que iba a París y tenía casa en la Alameda de las Delicias. Los poetas, los novelistas, los historiadores le han cantado a ese roto que con su esfuerzo y su bravura contribuyó a que en Chile se formara una élite de hombres que con su talento, con su preparación contribuyeran a cimentar la grandeza de este país pequeño.

Pero ahora el pueblo de Chile está amenazado por un gran peligro. Tiene hambre y frío. ¿Qué raza fuerte puede haber cuando no se come y no se tiene abrigo? Los especuladores, los audaces maleantes a quienes el gobierno desea aplicar la máxima sanción por el delito económico, están estrangulando al pueblo chileno.

Han conseguido que los niños se olviden de sonreír. Y esos niños tristes, que tienen hambre y frío, son las reservas del porvenir. Son el Chile de mañana.